

Vi allá arriba, cerca del camino, zarzales todos cuajados de moras. Te traeré en mi sombrero las mejores y las más azucaradas. Dame tu pañuelo; pondré en él fresas, porque hay fresales aquí cerca, á la orilla del sendero y á la sombra de los árboles. Y llenaré mis bolsillos de nueces.

Arregló al borde del lago, bajo un sauz, un lecho de musgo para Abeja, y partió.

Abeja, tendida sobre su lecho de musgo, con las manos juntas vió las estrellas que alumbraban temblando en el cielo pálido; después sus ojos se medio cerraron; sin embargo, le parecía ver en el aire á un pequeño Enano montado sobre un cuervo. No era esto una ilusión. Habiendo estirado las riendas que mordía el pájaro negro, el Enano se detuvo arriba de la jóven y fijó en ella sus ojos redondos! En seguida partió con gran vuelo. Abeja vió confusamente estas cosas y se durmió.

Dormía cuando volvió Jorge con su provisión, que depositó cerca de ella. Descendió á la orilla del lago temiendo despertarla. El lago dormía bajo su delicada corona de follaje. Un ligero vapor se arrastraba muellemente sobre las aguas. De repente, la luna apareció entre las ramas; luego, las ondas fueron salpicadas de chispas.

Jorge vió bien que estas luces que alumbraban las aguas, no todas eran el reflejo quebrado de la luna, porque notó que las llamas azuladas, avanzaban dando vueltas con ondulaciones y balanceos, como si danzaran en rondas. Reconoció muy pronto que estas llamas temblaban sobre frentes blancas, sobre frentes de mujeres. Poco tiempo después, bellas cabezas coronadas de algas y de petoncos, de espaldas sobre las cuales se esparcían verdes cabelleras, de pechos brillantes de perlas, y donde se deslizaban los velos, se levantaron arriba de las ondas. El niño reconoció á las Ondinas y quiso huir. Pero ya las de los brazos pálidos y fríos lo habían asido y fué llevado, á pesar de sus esfuerzos y de sus gritos, á través de las aguas, á las galerías de cristal y de pórfido.

ANATOLE FRANCE.

[Continuará.]

ROMEO Y JULIETA.

(DE SHAKESPEARE.)

FRAGMENTO DE LA ESCENA V DEL ACTO III.

Huerto en la casa de Capuleto. Romeo y Julieta en el balcón.

JULIETA.

¡Cómo! ¿Ya quieres irte? Aun tarda el día.
Fué el ruiseñor; no fué, no fué la alondra
Quien alarmó tu receloso oído:
Todas las noches en aquel granado
Su canto ensaya: él era ¡oh dueño amado!
Crédito dame: el ruiseñor ha sido.

ROMEO.

Fué la alondra, del alba mensajera;
No el ruiseñor. ¿No ves hacia el Oriente
Cuál de las rotas nubes orla el borde
Ya la envidiosa claridad? Enfría
De la estrella las pálidas vislumbres:
De la montaña en las brumosas cumbres
Raya risueño y se levanta el día.
Si parto, vivo; si le aguardo, muero.

JULIETA.

Bien sé que matutina luz no es esa:
Ha de ser metéoro que el ausente
Sol esta noche á que te alumbre envía
El camino de Mantua. No te vayas:
Quédate aquí conmigo todavía.

ROMEO.

¡Préndanme, pues, y mátenme! Lo quiero,
Ya que lo quieres tú. Que no es del día
La luz diré, sino fulgor de luna;

Ni alondra el ave que exhaló sus trinos
Hacia el cóncavo cielo. He de quedarme.
¡Venga la muerte, y bien venida sea!
Julia lo quiere así. ¿Qué dices? ¡Ea!
Hablemos largo. De partir no es hora:
Lo que brilla en el cielo no es la aurora.

JULIETA.

¡Es el día! ¡Es el día! ¡Vete al punto!
La alondra es la que canta ásperamente.
¿Cómo podrán decir que dulcifica
Despedidas de amor, si nos separa?
Cuentan que con el sapo aborrecible
Los ojos trueca..... ¡Oh si trocado hubiese
También la voz que aparta nuestros brazos
Y te alejó con anunciar el día!
Vete, Romeo, ya. La luz se aumenta.

ROMEO.

Se aclaran los albores matutinos,
Y se oscurecen más nuestros destinos!
LA NODRIZA [*adentro.*]
¡Niña! ¡Señora! Vuestra madre viene;
Y amaneciendo está..... Cuidarse importa.

JULIETA.

Deja, pues, ¡oh ventana! entrar el día,
Ya que por tí se sale el alma mía.
ROMEO [*poniendo el pie en la escala.*]
¡Adios! Un beso, y parto.

JULIETA.

¿Así te has ido,
Y te llevas mi dicha y mi reposo?
¡Oh mi señor y bien! ¡Oh amado esposo!

JOSÉ M. ROA BÁRCENA.

PAISAJES.

A MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

I

MERIDIES.

Rojo, desde el zenit, el sol caldea.
La torcaz cuenta al río sus congojas,
Medio escondida entre las verdes hojas
Que el viento apenas susurrando orea.

La milpa, ya en sazón, amarillea
Cargada de racimos y panojas,
Y reverberan las techumbres rojas
En las vecinas casas de la aldea.

No se oye estremecerse el cocotero
Ni en la ribera sollozar los sauces;
Solos están la vega y el otero,

Desierto el robledat, secos los cauces;
Y tendido á la orilla de un estero
Abre el lagarto sus enormes fauces.

II

NOCTIFER.

Todo es cantos, suspiros y rumores.
Agítanse los vientos tropicales
Zumbando entre los verdes carrizales,
Gárrulos y traviosos en las flores.

Bala el ganado, silvan los pastores,
Las vacas van mugiendo á los corrales;
Canta la codorniz en los maizales
Y grita el guacamayo en los alcores.

El día va á morir; la tarde avanza.
Toca de pronto á la oración la esquila
De la rústica ermita, en lontananza;

Y Venus, melancólica y tranquila,
Desde el perfil del horizonte lanza
La luz primera de su azul pupila.

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

Santa Bárbara de Tamaulipas, 1889.

BIBLIOGRAFIA.

Mirtos, por Enrique Fernández Granados.—Asienta Vapereau que tanto mayor debe ser el esfuerzo de un poeta en ajustarse á las reglas de la versificación y del buen gusto, cuanto más lo inciten sus contemporáneos á desligarse de ellas. *Le poëte doit se montrer d'autant plus respectueux envers les règles de la versification, que ses contemporains l'invitent davantage à les abandoner.*

Fernández Granados—autor de *Mirtos*, libro que hoy vamos á analizar ligeramente—sin conocer quizá las palabras del crítico francés, las ha seguido con tal puntualidad y religioso celo, que bastaría su conducta, por sí sola, para probar cuán profunda verdad encerró el famoso autor del *Dictionnaire Universel des Contemporains* y de *L'Année Littéraire et Dramatique* en su consejo tan oportuno y tan exacto.

Que surja entre el inmenso número de producciones poéticas, abor-
tadas por las inteligencias insipientes de escritores sin inspiración y sin
talento, un libro delicioso, no solamente escrito, por lo general, en buen

castellano, sino también con reminiscencias horacianas y con sabor ana-
creóntico, es una muestra gallarda y prueba irrefutable que no admite
contestación, de que la docta máxima de Vapereau, si cunde, regenera
entendimientos extraviados, presta vigor y brillo á las imaginaciones
atrevidas y triunfa de los enemigos que la ataquen, afianzará entre nos-
otros—no se puede dudar—el eterno reinado de la belleza poética y
de la inspiración bien dirigida.

Bástele, pues, este único mérito al libro de Fernández Granados, si
otros no contase: hallarse escrito de acuerdo con las leyes del idioma,
de la versificación y del buen gusto, para que el público sólo tenga para
él, los aplausos que con sobrada justicia les escatima á muchos.

Conquistar este triunfo, no ha sido por lo demás el móvil del poeta:
más noble, más desinteresado también es el que debemos concederle.
Nace al mundo de la publicidad henchido de los más generosos senti-
mientos: joven, poeta, amante de la literatura y de la patria, discípulo
de eminentes escritores, compañero de progresistas, de jóvenes ena-
morados de las letras, aspira en sus ensayos literarios á alcanzar ese
ideal que perseguimos todos, y que quizá nunca veremos realizado: la
regeneración completa de nuestra poesía.

Nada hay por cierto más desconsolador ni más amargo; nada que in-
funda en nuestro espíritu desaliento más grande, más profundo, que
el triste estado á que la musa mexicana se encuentra reducida hace ya
tiempo: los suyos la han olvidado por completo; aquellos á quienes
niega sus favores, la escarnecen, la vilipendian públicamente, y mien-
tras tanto, todos ignoran si las señales de vida que suele presentar son
las postreras convulsiones de una agonía, ya larga por desgracia, ó los
primeros augurios de una nueva existencia, feliz, deslumbradora y vi-
gorosa.

A los poetas de buena voluntad é inspiración lozana, corresponde
acelerar esos días venturosos que todos anhelamos: los días de verda-
dero esplendor para las letras; de gloria y de grandeza para las musas.
Por fortuna sobran caminos que recorrer; abundantes veneros que ex-
plotar, y fuentes limpiísimas en cuyas claras linfas mitiguen su sed de
inspiración nuestros poetas; cultiven estos con fe, con entusiasmo, con
ardor, seguros del éxito, que será feliz sin duda alguna, esa hermosa
poesía, virgen aún, que canta á nuestros héroes, que fustiga á los tira-
nos, que subyuga y enloquece á las muchedumbres tumultuosas, y que
refleja en sí la historia, las grandezas, las tribulaciones, el cielo, las